

Cuando tú me elegiste,  
 conocías muy bien, dueño querido,  
 que apoyabas el brazo—¡suerte triste!—  
 en un brazo ya débil y rendido.  
 Al fijar en mis ojos  
 tus ojos bellos de dichosa esclava,  
 en la sonrisa de tus labios rojos  
 el amoroso beso palpitaba,  
 y respondiendo á las preguntas mías,  
 «déjame sólo amarte» me decías.  
 Mi corazón, al pronto indiferente,  
 no palpitaba, aunque en tropel mis besos  
 dulces sonaban, sin cesar impresos  
 en tu incrédula frente.  
 Así en la regia estancia de la Corte  
 donde un príncipe yace inanimado,  
 suspendido el mecánico resorte,  
 queda por siempre el péndulo parado.

¡Cuánto entonces sufrí! Mi amistad tierna,  
 mi afecto fiel, mi gratitud eterna,  
 podía sólo darte;  
 y porque tú me amabas, quise amarte.

Hoy, á mis brazos ven; la cabecita  
 ponla, niña adorada,  
 sobre mi corazón bien apretada.  
 ¿Sientes como palpita?  
 Palpita, sí, con pulsación pausada,  
 aún lento, aún perezoso, aún vacilante;  
 pero más vivo y firme á cada instante.  
 Como el proscrito intrépido y resuelto,  
 que hacia su patrio nido  
 vuelve, por la esperanza sostenido,  
 ¡mira!, el ausente, el desterrado, ha vuelto.

Mi otoño da su pobre crisantema;  
 ¡tómala! Resolvieron el problema  
 tu hechizo y tu constancia. Ven: ¡te adoro!  
 Abrázame, mi bien y mi tesoro;  
 y presta un juramento.  
 Jura que mantendrás siempre encendida  
 la llama que avivó tu dulce aliento.  
 ¡Ella es mi dicha, mi ilusión completa!

Por ella, amo aún la vida;  
 por ella, aún soy poeta.  
 ¡No sea ese tesoro bien perdido!  
 ¡Oh mi postrera y mi mejor amante!  
 Por este hogar de amor, que has encendido,  
 pródigo nuestro afán vele incesante,  
 como el pobre minero  
 guarda tenaz con la extendida diestra  
 la antorcha que el sendero  
 en la espantosa obscuridad le muestra.





## ¡SUPERSTICIONES!

Desde que marchó á la guerra  
el hijo de sus entrañas,  
dispone todos los días  
la viuda, triste y anciana,  
los dos cubiertos como antes  
en su mesa solitaria.  
Sirve la caliente sopa,  
echa vino en una jarra,  
y asomándose á la puerta,  
que le envíe Dios aguarda  
algún pobre, á quien convide;

y ese pobre nunca falta.  
Al ver aquel mensajero  
divino, á quien agasaja,  
piensa: «¡Aún vive el hijo mío!»  
y esto alivia su desgracia.  
Pero el tendero de enfrente,  
que de masón tiene fama,  
dice: «¡Parece imposible  
que den crédito á esas fábulas!  
¡Supersticiones son éstas  
que embrutecen á las masas!»

## TOMA DE VELO

En una calle próxima á la mía,  
que yo paso y repaso cada día,  
calle de poca vida y movimiento,  
vi una mañana de Diciembre fría  
muchos lujosos coches blasonados  
detenerse á la puerta de un convento.  
Los gallardos corceles, adornados  
iban, cual suelen en nupcial jornada,  
con rosas en la pulcra cabezada;  
los vistosos lacayos empolvados  
abrían las sonantes portezuelas,  
y vestidas de armiño y ricas telas,  
damas bajaban, de altanera frente,  
glacial mirada y noble continente.  
Vi también apearse señorones,  
cuyo gabán de pieles medio abierto  
dejaba el pecho ver, todo cubierto  
de condecoraciones;  
vi apearse prelados  
ostentando sus hábitos morados,  
y un cardenal con traje de escarlata:  
del *Faubourg Saint-Germain* la flor y nata.  
Se inclinaron con grave cortesía

aquellos personajes de aire austero,  
cediendo el paso al que detrás venía,  
y entraron todos en la iglesia umbría  
con majestad quitándose el sombrero.  
Marchóse la curiosa muchedumbre,  
y en la calle desierta,  
del convento quedaron á la puerta  
los landós y su altiva servidumbre.  
Atendí lo que hablaba  
con un solemne auriga un lacayuelo,  
y entonces comprendí que se trataba  
de una toma de velo.

¡Era, pues, tu fulgor, límpida estrella,  
era tu aroma, pues, flor pura y bella,  
lo que en coro vulgar é impertinente  
congregó tanta gente!  
¿Qué te puede ella dar? ¿Qué esperas de ella?  
Piedad insulsa y desdeñosa. Cuando  
á Dios el alma virgen consagrande,  
tú vendrás ante el ara, conmovida,  
pálida, como inquieta desposada,  
por el cendal blanquísimo velada,  
y jurarás con voz estremecida  
ser pobre, y casta, y fiel toda la vida;  
cuando sientas llegar á lo más hondo  
de tus entrañas el contacto frío  
de las tijeras, instrumento impío,  
que irán cortando tu cabello blondo,  
¿qué pensarán de tu sublime ejemplo  
los dichosos del mundo,  
que ostentan con alarde inverecundo  
su pueril vanidad hasta en el templo?  
¿De qué les servirá tu sacrificio?  
Irán de nuevo, ciegos, arrastrados  
por la locura, la pasión ó el vicio,  
al salir de estos muros consagrados  
do al siglo das la eterna despedida.  
Y al ocaso, ya el cáliz de amargura  
agotado hasta el fin, cuando en tu obscura  
celda, en el duro suelo arrodillada,  
no puedas más, por el cilicio herida;  
cuando dejes caer atribulada  
las manos juntas, y quizás te asalte



el horrible pavor de que te falte  
fuerza y tu flaca voluntad sucumba,  
ellos, corriendo tras liviano encanto,  
te olvidarán, cual si el retiro santo,  
para ti fuese la cerrada tumba.

Pero yo me equivoco, dulce hermana;  
mi alma, poco cristiana,  
volar hasta tu altura no ha sabido;  
porque el hombre es perverso y corrompido,  
mústiase aquí tu juventud lozana.  
Por todos cuantos pecan en el mundo  
tú te ofreciste, víctima propicia;  
y en el día supremo y tremebundo  
de la eterna justicia,  
para elevar en la balanza augusta  
el platillo del mal, que á ti te asusta,  
que bastará, tu corazón espera,  
el peso de tu hermosa cabellera  
sobre las negras losas esparcida.  
Plegaria y penitencia: ese es tu triste  
porvenir; pero tú, tú lo quisiste;  
tu libre voluntad será cumplida.  
Cada día, en el mundo más se agrava  
todo mal. ¡Inocente criatura,  
por todos los tiranos, sé tú esclava!  
¡Por todos los lascivos, sé tú pura!  
Sé tú buena por todos los malvados;  
sé pobre, por los ricos endiosados;  
por los que son felices, sufre y llora;  
por los ateos, ora.  
Como dijo el Arcángel á María,  
«¡Bendita seas!» Y aunque—¡duda impia!—  
uera desierta bóveda ese cielo  
al que diriges suplicantes manos,  
piedad pidiendo con ansioso anhelo  
para todos tus réprobos hermanos;  
aunque no obtengas nada,  
cuando joven, hermosa y envidiada,  
vivir muriendo buscas y deseas,  
niña, del ideal enamorada,  
por tu sublime error, bendita seas!

## EN EL MUSEO DEL LOUVRE

Una mañana—¡oh plásticos gloriosos,  
perdonadme!—en las salas del Antiguo  
por el augusto Louvre paseaba  
mis ensueños de un vago modernismo,  
de un arte íntimo y nuevo. Está en verano  
el Museo tan fresco y tan tranquilo,  
que da gozo. Después del asfaltado  
tórrido Carrousel, en aquel sitio  
es grato descansar. La soberana  
serenidad, esplendoroso nimbo  
de los mármoles griegos, refrigera  
á aquel que fatigado ó aburrido  
atenta los contempla, y en él vierte  
de bienhechora paz el dulce alivio.

Era en Agosto—lo recuerdo—cuando  
vi á la triste doncella, enfrente mismo  
de la clásica estatua de Polimnia,  
que ella copiaba con ansioso ahinco.  
Sentada en la sillita de tijera,  
tenía en las rodillas extendido  
el cuadrado cartón. De vez en cuando  
hacia un lado inclinábase, ejercicio  
penoso, y afinaba el grueso lápiz.  
Vi después sobre un banco á ella vecino  
su anticuada y raída manteleta,  
y el sombrero de paja deslucido  
de ajadas cintas. ¿Era, por lo menos,  
hermosa ó linda? No: dulce atractivo  
tenía empero su apacible rostro:  
la tez, mate; los ojos, expresivos  
y algo tristes; castaños los cabellos.  
Cual una artista verdadera, fijos  
mostraba el pensamiento y las pupilas  
en la Musa, que envuelta en los ceñidos  
y luengos pliegues de su manto, el codo  
apoya en alto pedestal. El sino  
de la infelice joven, en el fondo  
de sus oscuros ojos, descubrirlo  
pensé ó adivinarlo. Era muy pobre  
su familia. Su padre viejo y digno



ya inútil militar, sólo contaba  
 con la cruz pensionada y el retiro.  
 Su madre murió ya, pues que la dejan  
 venir al Louvre sola. Ya en camino  
 de la novela sorprendida, intenta  
 seguirla y completarla á su capricho  
 mi fantasía de poeta errante.  
 La hacendosa muchacha aprender quiso  
 á dibujar, por si en algún colegio  
 puede ser profesora; pero el vivo  
 amor al arte, que consuela y calma,  
 de ella se apoderó, y en él ha visto  
 algo más grande que el vulgar recurso  
 para ganar la vida. De improviso  
 entro yo ahora en escena. Jovenzuelo  
 soy y gallardo. Limpia blusa visto  
 y ancho sombrero. A trabajar al Louvre,  
 como ella, voy, y en tierno regocijo  
 el hábito de verla se convierte.  
 Mis tímidos amores imagino  
 después. Medroso, en el Salón cuadrado  
 me instalo. Mis pinceles al olvido  
 doy, y dibujo la flechera Diana  
 al lado de ella. ¡Qué valor el mío  
 para hablarla, por fin! Todo temblando,  
 busco un pretexto, y con rubor le pido  
 la goma de borrar. ¡Rompióse el hielo!  
 ¡Cuántas después, cruzadas al atisbo,  
 dulces miradas, que interrumpe odioso  
 el público importuno! Su cariño  
 lento ganando voy, y aunque, al hablarme,  
 recela del guardián, medio dormido  
 en su banquetta, me lo dice todo,  
 sus dolores, sus ansias, sus delirios.  
 Algún día, en la caja de colores  
 le llevo fruta fresca, que yo mismo  
 escogí, y aunque llega algo aplastada,  
 ella acepta el galante donativo;  
 y almorzamos los dos bajo el amparo  
 de los dioses de Grecia, que propicios  
 nos contemplan, y graves, manteniendo  
 su actitud noble sobre el terso plinto,  
 sueñan en los amores inocentes  
 ensalzados en églogas é idilios.



## BRINDIS CAMPESTRE

Sufriendo azotes del viento  
 y entre flores tiritando,  
 ya, con gesto de vinagre,  
 marchóse de prisa Mayo;  
 y en el cielo esplendoroso  
 vibra sus brillantes rayos  
 el ardiente sol de Junio  
 diciendo: «¡Llegó el verano!»  
 La hermosa que me cautiva  
 viste su traje más claro,  
 toma la fresca sombrilla,  
 y hacia los alegres campos  
 que nuestros dulces amores  
 ya otras veces ocultaron,  
 ebrios de vida, emprendemos  
 la expedición muy temprano.  
 Los árboles del camino  
 como amigos los miramos,  
 y al pasar en el birlocho  
 que tira un rocín escualido,  
 inclinando la cabeza,  
 nos dicen: «Sed bien llegados;»  
 mientras mi rubia, excitada  
 por el aire fresco y sano,  
 hojas arranca, tendiendo  
 la diestra á los verdes ramos.  
 Nada cambió: la hostería  
 allí está, y el perro flaco



mueve en el umbral la cola  
al vernos. El mismo cuarto  
nos dan. Abro la ventana  
y el mismo aroma balsámico  
viene del bosque. ¡Con cuánta  
delicia lo respiramos!  
Miro enfrente el tronco muerto  
de aquel chopo que aserraron;  
y á la otra parte, la acacia  
en flor, que inunda el espacio  
de efluvios primaverales  
siempre dulces, siempre gratos.  
Cantar oigo á la oropéndola,  
y aún es el mismo su canto:  
fuentes de la humana dicha  
son el recuerdo y el hábito.

Mi chiquilla—¡quién pudiera  
decir el donoso agrado  
de su sonrisa!,—dichosa  
de hallarse aquí, suelta el trapo  
á la carcajada, viendo  
el pretencioso retrato  
del buen Thiers, con el ridículo  
topete empingorotado;  
el sombrero deja encima  
del reloj, que horas y cuartos  
da en la consola; se quita,  
prisión de sus blancas manos,  
los guantes de Suecia, y piensa  
—¡hora era ya de pensarlo!—  
que aquí estamos diez minutos  
—¡oh qué horror!—sin abrazarnos;  
y con el semblante ingenuo  
de quien nunca rompió un plato,  
sus labios pausada imprime  
en mis encendidos labios.  
¡Qué minuto!.. Suena un grito  
de pronto: «¡El almuerzo!» ¡Vamos!  
Servida está ya la mesa  
en el jardín, allá abajo,  
junto al juego de los bolos,  
donde sombra dan los pámpanos  
de la parra. Ven de prisa...

Por aquí. Toma mi brazo.  
¡Cuál corren las azoradas  
gallinas á nuestro paso!  
Igual encuentro la mesa  
también: el vinillo blanco  
cuya ruidosa alegría  
se disipa al breve rato  
en largas risas; los mismos  
cubiertos de obscuro estaño;  
la vajilla, de grosera  
loza, que brilla, á los rayos  
del sol, con vivos colores;  
y para mayor regalo,  
un montón de nueces tiernas,  
de las que te gustan tanto,  
en una fuente pintada  
de flores de azul cobalto.

Ya que grata nos ué siempre  
la sobremesa, y el vaso  
tengo aún lleno, en él deshoja  
la rosa, que está temblando  
entre tus dedos, pues quiero  
brindar por el nido plácido  
de nuestros amores. Oye:  
Brindo por el campanario  
del lugar, por su veleta  
encumbrada, y por el gallo  
de metal, que ha cinco estíos  
—á mi edad hay que contarlos—  
nos ve, entre las rubias mieses,  
llenas de canoros pájaros,  
gozosos coger silvestres  
flores para hacer un ramo;  
brindo por las golondrinas,  
que á los paredones pardos  
de esta aldea, cual nosotros,  
vuelven todos los veranos;  
por los ecos de estos montes,  
de tu voz enamorados;  
por los espesos jarales  
que cubren sus rudos flancos;  
por los risueños testigos  
de nuestros goces selváticos,

las fresas bajo las hayas,  
y las flores en los prados;  
por la abubilla, que canta,  
allá en el bosque lejano;  
brindo por las sendas suaves,  
donde, con estrecho abrazo,  
te detengo bruscamente

para decirte que te amo;  
brindo, y es mi último brindis,  
por este, al que hoy regresamos,  
país alegre y querido,  
que, para colmo de encantos,  
semeja á nuestros amores,  
pues nada en él ha cambiado.

